

Aproximación a la etnociencia como propuesta epistémica, ética y social

Esteban Emilio Mosonyi¹

RESUMEN

El presente ensayo comienza con la génesis y recapitulación del concepto de etnociencia y de sus características fundamentales, por cierto bien resumidas por el doctor Plinio Negrete: trascendencia pancrónica y pantópica; conservación y acrecentamiento de la sostenibilidad de las culturas y del manejo ambiental; aumento de la biodiversidad a través de la domesticación y creación de nuevas especies vegetales y animales; diseño y utilización de tecnologías apropiadas e imbricadas con la totalidad sociocultural; sistemas sociopolíticos y redes de distribución y redistribución de recursos para la optimización de la felicidad de todos los miembros: creatividad casi limitada de manifestaciones tangibles e intangibles repletas de significado, a través de un rico simbolismo; búsqueda permanente de la convivencia armónica y del consenso no compulsivo para perpetuarse en el espacio-tiempo.

Estas características, que lamentablemente no pueden ser cumplidas al estar sujetas estas comunidades a una dominación continua de carácter exógeno y a una deculturación inducida por mecanismos de conquista y etnocidio, no agotan la totalidad del tema, pero si permiten su planteamiento cada vez más rico y explícito. Por otra parte, lo expuesto nos obliga a poderosas reflexiones de índole ético-político. Si lo anterior es cierto, los pueblos y comunidades indígenas requieren un proceso urgente de transformación colectiva e integral, pero atendiendo a sus características reales, su complejidad intrínseca y su papel irrenunciable en el resguardo del orden planetario, a través de la pluralidad y la interculturalidad, hoy más vigente que nunca.

Palabras clave: etnociencia, pantopía, diversidad, interculturalidad.

¹ Antropólogo y lingüista. Doctor en Ciencias Sociales. Rector de la Universidad Indígena de Venezuela.

ABSTRACT

The present essay begins with the genesis and recapitulation of the concept of ethno science and its fundamental characteristics, in fact well summarized by Pliny Negrete, MD: panchronic and pantopia transcendence; conservation and enhancement of the sustainability of the cultures and environmental management; increase of biodiversity through domestication and creation of new plant and animal species; design and use of technologies appropriate to and embedded in the sociocultural completeness; sociopolitical systems and distribution and redistribution networks of resources to the optimization of the happiness of all members: creativity almost limited of manifestations tangible e intangible full of meaning, through a rich symbolism; permanent search of the harmonic co-existence and the consensus not compulsive to perpetuate in the space-time.

These characteristics, that unfortunately cannot be fulfilled since these communities are subjected to a continuous domination of exogenous character and to a deculturation induced by mechanisms of conquest and ethnocide, do not illustrate the entirety of the theme but they allow an approach even more rich and explicit. On the other hand, the above lead us to powerful reflections of ethical and political nature. If the aforementioned is true, the indigenous people and communities require an urgent process of collective e integral transformation, but in accordance with their real characteristics, their intrinsic complexity and their undisputable role in the shelter of the planetary order, through the plurality and the interculturality, today more valid than ever.

Key words: ethno science, pantopia, diversity, interculturality.

I

Tenemos que a partir de la paradoja de que mucho se ha investigado y publicado sobre etnociencia, pero solo recientemente pretendemos arribar a criterios y propuestas de carácter más sólido y valedero (Mosonyi, E., 2004; Mosonyi, J., 2004), probablemente por el origen algo colonial del término. Ocurre que la etnociencia en sus comienzos se restringía casi exclusivamente a una especie de recolección y estudio taxonómico de conocimientos y saberes tachados de arcaicos, incipientes, quizás con un dejo de curiosidades pintorescas y más bien irrelevantes; en tanto procedían de los pequeños y dispersos pueblos no

occidentales o incluso de ciertos segmentos populares de las macrosociedades occidentales y orientales. Además, la investigación de tales realidades cognitivas era planificada, realizada y evaluada por científicos sociales occidentales, plenamente identificados y absolutamente dependientes de las comunidades académicas, las universidades y otros centros de excelencia científica de los países dominantes, casi todos euronorteamericanos, con algunas excepciones como Japón y la India.

Esa situación comenzó a revertirse, muy lentamente al principio, a partir de las últimas cuatro décadas del siglo pasado, en la medida en que los pueblos indígenas y similares —los más discriminados y oprimidos del mundo— comenzaron a reivindicar y pusieron a valer sus conocimientos milenarios, a manera de corolario de un largo y fructífero proceso organizativo que está todavía en plena ebullición. A ello ha contribuido en amplia medida, sin ninguna duda, una pléyade de científicos sociales aliados de formación intelectual, pero ideológica y afectivamente identificados con las aspiraciones de estos pueblos en proceso de identificación identitaria, política, sociocultural y lingüística. Este en un capítulo rico en matices de la historia de las ideas contemporáneas, mas, para efecto de este breve trabajo, solo consignaremos lapidariamente algunos puntos focales y sus interrelaciones. De lo dicho se desprende que la etnociencia, tomada en su sentido de amplios conocimientos atesorados por millares de pueblos y comunidades, se ha venido independizando de la tutela asfixiante del científicismo y de los academicismos eurocéntricos y tan formalistas, que ya de entrada le negaban toda validez a tales manifestaciones, más allá de unas minúsculas concesiones otorgadas a la etnobotánica y algunos aspectos pragmáticamente útiles de la etnomedicina o la etnopsiquiatría, siempre tamizadas por la vigilancia epistemológica de grandes expertos con formación universitaria intachable. En términos estratégicos podría decirse que si bien no se ha ganado la guerra en su totalidad, ha habido victorias importantes, repetidas y en los terrenos más variados.

Por ejemplo, a estas alturas del proceso reseñado, la figura del investigador indígena que estudia su propia realidad se ha vuelto habitual en muchas de estas sociedades otrora excluidas. Algunos de estos autoinvestigadores son inclusive egresados de universidades prestigiosas o al menos han tenido estudios formales reconocidos por autoridades educativas de los países respectivos. Pero hay también otros —y aquí se trata de un fenómeno aún más novedoso— que son personas generalmente de edad avanzada, formadas exclusivamente en los

parámetros de su propia cultura, analfabetas o semianalfabetas y a veces sin conocimiento de alguna lengua mayoritaria. Ya en siglos pasados se solía hablar de sabios indígenas, chamanes famosos de algunas etnias, curanderos empíricos a quienes no obstante acudían desde lejos habitantes de las grandes urbes, hasta económicamente prósperos, en busca de remedios contra enfermedades incurables o terminales como ciertos tipos de cáncer u otros males digestivos. Pero eran casos excepcionales y de indole anecdótica y novelesca.

Hoy día esto ha variado mucho, a tal punto que grandes centros de investigación de renombre envían con frecuencia creciente a sus propios especialistas a las selvas amazónicas, a los desiertos africanos o a las estepas asiáticas en busca del saber indígena, además de las especies biológicas y otros recursos naturales que lo sustentan. Esto en parte refleja cierto reconocimiento y una más alta jerarquización de los conocimientos científicamente heterodoxos a lo que estamos refiriendo. Mas indudablemente involucra también un alto grado de peligro, manifiesto a través de una gran cantidad de denuncias que refieren las actividades de tales investigadores extraños al medio indígena, quienes no tienen el menor empacho en extraer los conocimientos milenarios que atesoran estos pueblos sin ofrecerles nada en contrapartida (Tiemey, 2000). Más bien, su labor parasitaria se agrava con el saqueo —por parte de ellos mismos y otros depredadores cómplices de extracción occidental y aun mestiza— de la mayor parte de los recursos naturales existentes en dichos ecosistemas cada vez más intervenidos. Sobre la patentación de tales conocimientos y recursos, la propiedad intelectual de las comunidades indígenas y la intervención cada vez más asfixiante y abrumadora de compañías transnacionales en la comercialización de los productos obtenidos y sus derivados se viene desarrollando una literatura de importancia creciente, la cual cubre todas las posturas ideológicas a la vez que busca soluciones acordes con todo tipo de enfoques, incluyendo los de las comunidades afectadas. También nuestra Constitución Bolivariana se refiere a este punto álgido (República Bolivariana de Venezuela, 1999).

Con todo, es muy importante aclarar a estas alturas que la etnociencia —sin precisar todavía su alcance ni entrar en definiciones— ya no se reduce hoy día a un corto número de ámbitos temáticos como anteriormente sucedía con la etnobotánica y otros conocimientos restringidos al medio geográfico y ecológico que alberga a estos pueblos. Hoy apreciamos con mayor claridad la emergencia y consolidación de otras áreas del saber procedentes de diversas etnias de todos los continentes, inclusive los campesinos más apartados en el seno

de los países europeos. Podríamos nombrar la etnociencia social e histórica, la etnotecnología y toda una gama de saberes etnofilosóficos, como por ejemplo los de carácter ontológico, cosmológico o ético. Estas expansiones son especialmente significativas en el marco de las reflexiones que estamos adelantando. En cierta forma podríamos alegar que cada disciplina científica universitaria, por así decirlo, tiene su paralelo o contraparte en el saber etnocientífico tomado en su enorme conjunto pancrónico y pantópico, por cuanto su universalidad es aún mayor que la del saber occidental con todas sus pretensiones.

II

Esto está bien desde el punto de vista gnoseológico, a partir de la teoría pura de los saberes. Pero nos quedan todavía por vencer o al menos enfrentar los obstáculos epistemológicos que son precisamente los que saltan a la vista: la epistemología es especialmente rigurosa. Conocimientos y saberes etnocientíficos los hay, sin duda, y en cantidad abrumadora (Lizot, 2004); inclusive han existido durante largos milenios y en cualquier rincón del planeta. Lo que se pregunta toda persona de formación occidental y más o menos bien informada se refiere normalmente a la validación de tales saberes, a su legitimación epistemológica por decirlo sin tapujos, a los criterios de verdad y verificación; sin los cuales estaríamos muy desarmados y vulnerables, quienes anhelamos colocar en la palestra nuestro arsenal de ideas al respecto. Si el asunto se redujera a una amalgama de conocimientos sin consistencia, transparencia o susceptibilidad de ser sometidos a exámenes serios y desprejuiciados, la aportación etnocientífica real y posible se reduciría de una manera importante. En consecuencia, todo nuestro esfuerzo se volcaría tras un objetivo difuso y tal vez inalcanzable, poco atractivo para investigadores de alto nivel.

Afortunadamente estos peligros no nos acechan en absoluto; creo más bien que todo o casi todo tiene su respuesta. Hay que ser prudentes y extremadamente cuidadosos para no caer en las trampas de un optimismo exagerado o del simple apresuramiento del diletantismo. Pero pareciera que no nos aguarda esa contingencia. Hay diversas maneras y excelentes argumentos para sustentar debidamente la etnociencia y darle la categoría que le corresponde. Quiero comenzar por lo más obvio. Muchas, no todas las sociedades generalmente pequeñas de las que emanan los saberes aquí tratados han tenido una existencia estable, larga y generalmente milenaria, más allá de los múltiples factores negativos de orden meteorológico, natural y social que conspiran contra la persistencia y reproduc-

ción indefinidas de cualquier formación colectiva. Ahora mismo tenemos ante nosotros en plena vigencia sociedades antiquísimas, profundamente idénticas a sí mismas a pesar del tiempo y los cambios transcurridos, como las aborígenes australianas, las bosquimanas de Kahalahari y el mismo pueblo yanomani que sobrevive en las fronteras de nuestro propio país. Es cierto que a partir del siglo XX están bajo la amenaza precisamente de los embates del modelo occidental, pero aún no han muerto ni se han desfigurado; hay incluso buenas perspectivas de que corrigiendo los abusos aculturativos puedan continuar viviendo y adaptándose a las nuevas condiciones. Por otra parte, es perfectamente verificable que su existencia histórica se retrotrae a muchos milenios.

Ahora bien, si estos pueblos y otros similares han mantenido su identidad más profunda durante un período tan prolongado, sería frívolo, por no decir estúpido, suponer que esto sea atribuible al mero azar o a la buena suerte que han tenido. Todo lo contrario, estamos plenamente seguros —y las investigaciones recientes así lo confirman— de que todo su sistema de vida en sociedad, su inserción telúrico-cósmica, y muy especialmente sus códigos integrados de conocimientos y saberes, consolidados con esa larguísima experiencia transgeneracional, son realidades incólumes que parecen despejar —sin dejar lugar al escepticismo— el aparente enigma de la inquebrantable sostenibilidad de este tipo de sociedades. Ellas ofrecen, además, a sus miembros una calidad de vida envidiable desde muchos puntos de vista, pese a sus grandes limitaciones tecnológicas desde la perspectiva occidental.

Sería casi innecesario sacar a flote una gran cantidad de ejemplos de diversas sociedades, muchas de ellas admiradas por su expansión imperial, sus construcciones y monumentos ciclópeos o por el patrimonio intangible de su producción filosófica, científica y discursiva, que no obstante a esos méritos indiscutibles duraron poco tiempo y hasta resultaron ser bastante frágiles a la hora de enfrentar cataclismos naturales o el ensañamiento de ciertos conquistadores. La lista es demasiado larga y conocida para dedicarnos ahora a su concreción. Un ejemplo elocuente sería la cultura etrusca del centro de Italia o algunas civilizaciones del sudeste asiático hoy enterradas y carcomidas por la selva. Pero parecerá quizás más interesante referirnos a la excesiva y enloquecedora fragilidad de nuestro propio modelo termonuclear, ecocida y cosmicida, que aún sobrevive gracias a un milagro que algunos consideran divino. Porque hace décadas habría podido desaparecer, y con él todos nosotros, a consecuencia de una tercera guerra mundial u otro cataclismo provocado, del cual en modo alguno estamos exentos.

Tenemos entonces que la persistencia larga e indefinida, una suerte de eternización de ciertas sociedades hoy conocidas e incluso reconocidas como patrimonio vivo de la humanidad —me refiero especialmente a los yanomami— debe considerarse más que suficiente para aceptar y convalidar su etnociencia, sus saberes múltiples, pero imbricados en un solo sistema, en un nivel epistemológico de muy largo rango, sin necesidad siquiera de hacer comparaciones difíciles y en el fondo anodinas con la ciencia occidental o con cualquier otro tipo de conocimiento. No hay duda de que se trata de manifestaciones muy diferentes y divergentes de desenvolvimientos histórico y cognitivo, propios de un tipo de sociedades que tal vez no convenga cotejar, sino más bien aceptar y asumir en su diferencialidad. Pero toda esa diversidad irreductible, aunque comunicable en términos interculturales, consagra sendos monumentos de excelencia creativa.

Sin entrar en los pormenores, el concepto central de la cosmogonía yanomani, la síntesis energética creadora llamada *puhi-opufi* (Chiappino, 1995) es una adquisición de la mente humana socializada que debe tomarse en cuenta por parte de toda la humanidad, independientemente del tipo de carácter de su cultura siempre respetable en lo que tiene de específico. El *puhi* es una fuerza es una fuerza cósmica que preside todo el conjunto de seres existentes y por existir, y que no solo está sujeta a no aumentar ni disminuir de tamaño sino que es un ente primario altamente dinámico y capaz de todo tipo de transformaciones: pero que por esa misma razón no debe ser perturbado y ni si quiera importunado, ya sea por el ser humano o por cualquier otra especie emanada de la naturaleza. Es decir, la sociedad como tal, así como todos sus miembros, sin excepción, están obligados taxativamente y sin excusa posible a respetar y mantener ileso el orden cósmico resumido, simbolizado y representado por la fuerza primaria del *puhi*, porque de lo contrario sobrevendrían procesos irremisibles de destrucción total y descomposición caótica.

Ahora bien, el gran mérito de los yanomami no es tanto la idea en sí —la cual es perfectamente comprensible y apropiable, con las variantes que hubiera lugar, por todas las sociedades— sino el contrario indeclinable, irreductible y perpetuo, a través de los avatares de la historia, de hacerle honor a este pacto sagrado con el espacio-tiempo en el sentido de no causarle daño ni quebrantar su perfección bajo ningún respecto. Esto es algo grandioso y si el mundo occidental, pongamos por caso, hubiese acogido la mitad o la cuarta parte de una norma vinculante de esta naturaleza, en ningún momento habríamos de temer

por el estallido de guerras genocidas, la contaminación del ambiente que nos envuelve o el agotamiento de los recursos tanto renovables como no renovables. Nos corresponde agregar en este punto de nuestra argumentación que no hay nada extravagante ni exagerado en la idea central que manejan los pueblos indígenas de que sin su presencia en el planeta, y su relativo dominio aún vigente en regiones claves de la tierra como la selva amazónica, ya nuestro mundo se hubiera desintegrado, se habría caído a pedazos, exactamente como sucedió con Hiroshima y Nagasaki a mediados del siglo pasado. Como dijimos, la amenaza persiste todavía, y ojalá reaccionemos a tiempo para que no se cumplan nuestros peores pronósticos que no son nada irreales.

Estos son algunos criterios para la justificación epistémica y epistemológica de carácter global que sitúa el complejo etnocientífico en los pueblos no occidentales y occidentales —en la medida en que también estos últimos están excluidos del mundo académico— en una jerarquía altísima de la cognición humana; la cual no desdice por supuesto de otras formas de saber que han demostrado su eficacia en otros campos por distintas vías, también como la archiconocida revolución científica-tecnológica de Occidente. Pero nos queda aún otro criterio por discutir, aunque sea brevemente. No estamos seguros en absoluto de que la validez del saber tenga que ser necesariamente cuestionada y puesta a prueba por nuestra curiosidad y afán de indagar el fondo de las cosas. Lo primordial y lo más importante en la posesión y aplicación de algún tipo de saber son los resultados a corto, mediano y largo plazo que de él emanan; y si estas consecuencias de su existencia y eficiencia nos dejan satisfechos y nos dejan felices, no parece haber obligación alguna de carácter ontológico, ético o estético para buscar explicaciones y así comprender la razón última y el móvil primario de su ser y actuar en el mundo. Podemos hacerlo y ello sin duda es un excelente indicador de nuestra creatividad y de nuestras inquietudes espirituales. Pero en el propio Occidente hay muchísima gente cuya vida transcurre sin enfrentarse habitualmente con este tipo de interrogantes, porque sus necesidades e intereses apuntan en otra dirección y tienden a realizarse de otras maneras.

Un ejemplo: incluso los poetas más geniales suelen operar con el sonido y la palabra sin preguntarse normalmente en qué consiste y de dónde procede cada sonido y cada palabra. Semejantemente, a nuestro entender, ninguna sociedad debe ser excretada, despreciada y tenida por primitiva y elemental solo porque no le nace en la más profunda intimidad de su espíritu colectivo el formular ciertas preguntas en el fondo no tan necesarias para una vida armónica y satisfacto-

ria. Hemos de comprender cabalmente que la complejidad y creatividad de un colectivo humano puede realizarse de muchas maneras; y asimismo la etnociencia, o por decirlo más apropiadamente las etnociencias de los distintos pueblos del mundo, presentan plena validez por su enorme capacidad de producir transformaciones deseadas, desatar dinámicas importantes que resuelven necesidades y llenan aspiraciones legítimas de las personas integrantes de una sociedad y con ello cumplen adecuadamente una cantidad de fines deseados. Por tanto, no creemos que haya un verdadero motivo por el cual insistir apriorísticamente en cualquier inferioridad genérica o específica de este tipo de conocimiento frente al saber científico y académico consagrado institucionalmente en los países, que ya en su totalidad han caído bajo la influencia de una occidentalización poderosísima que muchos creen y desean definitiva o irreversible.

III

Es, no obstante, muy significativo que justo a raíz de lo potencialmente inmediato de la eliminación de cualquier otra alternativa pluricultural o intercultural, la humanidad está dando muestras muy vigorosas de recuperar esos espacios en apariencia perdidos y encontrar opciones mucho más prometedoras para lograr alguna salida de la crisis de supervivencia, planteada hace largo tiempo e inocultable para todos. No requiere ninguna discusión la evidencia de que ningún tipo de saber —sea académico-científico, etnocientífico o de cualquier otra índole— es completo o perfecto o siquiera conducente hacia una perfectibilidad infinita como pretenderían algunos optimistas incorregibles. Por ello mismo resulta para nosotros evidente que solo la conjunción y compenetración intercultural de tantas experiencias cognitivas podrían llevarnos a soluciones aproximadamente idóneas para conjurar ciertos peligros y alcanzar las metas fundamentales para un planeta y un conjunto ecosistémico sostenibles a largo plazo (Negrete, 2005; Quintero, 2006) en que la propia humanidad siga ocupando un espacio respetable aunque no único ni supremo como hubieran deseado alguno de sus portavoces.

Aquí nos corresponde recapitular el concepto de etnociencia y de sus características fundamentales, por cierto bien resumidas por nuestro colega el doctor Plinio Negrete (2005), quien a su vez basó su argumentación en la lectura crítica de algunos de nuestros trabajos anteriores: trascendencia pancrónica y pantópica; conservación y acrecentamiento de la sostenibilidad de las culturas y del manejo ambiental; aumento de la biodiversidad a través de la domestica-

ción y creación de nuevas especies vegetales y animales; diseño y utilización de tecnologías apropiadas e imbricadas con la totalidad sociocultural; sistemas sociopolíticos y redes de distribución y redistribución de recursos para la optimización de la felicidad de todos los miembros; creatividad casi ilimitada de manifestaciones tangibles e intangibles repletas de significado, autenticidad y comunicables a través de un rico simbolismo pluridimensional, tanto lingüístico como extralingüístico; búsqueda permanente de la convivencia armónica con lo telúrico-cósmico no compulsivo en el seno de cada comunidad para perpetuar su existencia.

Esta reinterpretación resume muy bien un trabajo de equipo que permite ver la fecundidad del constructo conceptual llamado *etnociencia*. Se abre una nueva perspectiva que sin duda ha de ser aprovechada desde ahora, para dar cumplimiento a los objetivos arriba expuestos así como para seguir enriqueciendo los planteamientos de la cognición humana hasta donde tengamos la posibilidad de ampliarlos y universalizarlos, a partir de todas —no solo de unas cuantas de sus manifestaciones particulares—. Si nos fijamos bien en la lista de características que acabamos de enumerar, nos percatamos de que sus generalizaciones expresan tan solo una serie de amplias tendencias de índole universal, pero que su vez admiten muchas excepciones, matices y desviaciones, todas ellas inscritas en el concepto clave de diversidad humana, llamada *sociodiversidad* de manera más restringida. Dicho de otra forma, las etnociencias en su conjunto han perseguido y en parte logrado satisfacer los postulados que encontramos resumidos en el acápite anterior. Pero, a modo de ejemplo, no toda sociedad particular ha logrado resolver, al menos en todo momento, el problema de la alimentación o de la distribución de los bienes, independientemente de que intentaran hacerlo o se dejaran vencer por cierta inercia o incluso por el egoísmo individual o grupal.

Al tomar en cuenta estos elementos podríamos replantear y generalizar la codificación etnocientífica de un modo aún más sistemático y abarcante. En tal sentido la etnociencia, que podríamos llamar a la vez elocuentemente la *ciencia de los pueblos* —de ahora y siempre, de todos los tiempos y lugares— es la que proporciona el gran marco gnoseológico en cuyo mapa caben y en efecto se encuentran todos los saberes particulares e individuales emanados de los pueblos concretos que han existido y de sus manifestaciones a través del espacio y el tiempo. Así, en primera instancia, tendríamos en el seno de ese gran saber universal y dinámico la multitud de saberes entre los cuales hoy en día descuella

precisamente, hasta el extremo de concebirse como única, suprema y definitiva, la tecnociencia occidental resultante de la mutación renacentista y su transfiguración última, la revolución tecnonuclear y todas las conquistas recientes que conducen a un esfuerzo por dominar el cosmos.

Estamos convencidos de que al colocar este saber científico y académico occidental como parte de un conjunto mucho mayor, que proviene de los tiempos en que se origina la especie humana y perdura hasta hoy a través de todos los tiempos y lugares del planeta Tierra, habremos logrado una síntesis gnoseológica y epistémica mucho más poderosa y ordenada, además de sistemática y totalizadora en grado creciente. Esta, aparte de brindarles justicia a tantísimos saberes ignorados y desterrados por una racionalidad profundamente limitante y deshumanizada, también tendría la virtud de guiarnos hacia nuevos ámbitos vitales colectivos; los cuales a su vez podrían proporcionarnos las hipótesis de solución y salida de las crisis que para muchos humanos pensantes exhiben ya un carácter terminal y previo al fin de nuestra especie, y tal vez de la orbe y aun de otros cuerpos celestes ahora influidos por el quehacer de la humanidad terráquea. En otras palabras, mientras continuemos con el eurocentrismo irredento, la instrumentalización de la razón y aun de la afectividad de los seres vivos, persigamos como fines supremos el poder, el dominio de la totalidad de los recursos y el capricho de los sectores dominantes dentro de un mundo aparentemente condenado a la globalización simplificadora y acrítica, jamás podremos darle satisfacción a nuestra aspiración fundamental de llevar una existencia digna y feliz, sin exclusiones ni perversiones absolutamente injustificables ante la magnitud del peligro y del reto con que enfrentarlo.

La aceptación límpida y definitiva del conjunto multicultural etnocientífico tendría además otro efecto altamente positivo para la buena marcha del concierto mundial en el plano más amplio. Ocurriría, nada más ni nada menos, la cancelación de la última de las grandes discriminaciones aún sustentadas por inmensos sectores sociales de todo tipo de lugares y países: esa perversa dicotomía que todavía pretende mantenerse entre los llamados “primitivos” y “civilizados”, una suerte de racismo cultural según cuya doctrina existirían pueblos enteros raigalmente incapaces de crear y desarrollar formas de vida con cierto grado de originalidad y potestad interactiva con otras formaciones sociales, presuntamente más avanzadas por simple decreto. ¿Cuántas veces, en efecto, escuchamos comentarios como “fulanito es inteligente y podría llegar lejos, pero ya

es tiempo de que deje de ser guajiro”? O lo que esgrimen muchos políticos de izquierda: “los indios de Venezuela ahora tienen todos los derechos; ahora les toca pasar a ser criollos y civilizados”. O inclusive: “esta canción indígena tiene una bonita melodía; podría ser hasta aprovechada para una versión orquestada, para así integrarse a la música académica”. Los ejemplos podrían ser infinitos, pero ya creo que todos entienden lo que quiero decir.

Vuelvo a manifestar que en ningún momento he caído en la tentación de exaltar y glorificar las comunidades otrora marginadas y generalmente minoritarias, como para crear una oposición rousseauiana —con todos mis respetos hacia el maestro ginebrino— entre el “estado de la naturaleza” y las formaciones socioculturales ulteriores a la ingestión paradisiaca de la manzana de Adán y Eva, o más adelante las revoluciones científico-tecnológicas preludiadas por la manzana de Newton o incluso la manzana mordida de *Macintosh*. Estamos suficientemente informados para dejar atrás tales convencionalismos estupefacientes. Por un lado, todas las etnociencias son extremadamente complejas pese a su apariencia engañosa provocada por la ausencia de tecnologías de alto consumo energético. Además, las etnociencias —como bien se sabe y bastante culpable nos sentimos por ello— han sido a veces radicalmente intervenidas por métodos muy a menudo etnogenocidas, que han dejado tierra arrasada en este tipo de sociedades con su secuela de hambre, miseria, persecución, suicidios colectivos y paremos de continuar.

También es cierto que aun las más ingeniosas y sorprendentes de las etnociencias del mundo tienen limitaciones y las sociedades que la comportan exhiben siempre algún aspecto negativo, como puede ser el infanticidio, el machismo que es casi universal, prácticas sadomasoquistas como la exposición voluntaria a picaduras de insectos y otras pruebas de fuerza y resistencia, igualmente corrientes en las culturas de tipo occidental. Lo que quiero enfatizar es que del conjunto etnocientífico pancrónico, tomado de su magnitud universal, podemos y deberemos sin falta extraer grandes lecciones para mejorar nuestro presente y prepararnos para un futuro verdaderamente plural, sociodiverso y multidiscursivo; intercultural y más que respetuoso o tolerante, orientado hacia el mantenimiento y expansión de todo tipo de personalidad específica, tanto colectiva como individual. No quisiera introducir aquí una nota de pesimismo, pero creo que es nuestra última oportunidad. Hay demasiados signos premonitorios de que el gran telón negro está a punto de bajar.

Tampoco es reiteración anodina enfocar, siempre y hasta donde sea necesario, el conjunto de limitaciones, desviaciones y perversiones estructuralmente presentes en la actual ciencia occidental, aun admitiendo con mucha razón que no constituye un todo homogéneo. Esto lo asevero a plena conciencia y con conocimiento de causa, por cuanto desde mi infancia soy admirador profundo de numerosas manifestaciones, inventos y creaciones de nuestra ciencia heredada desde la antigüedad helénica, el medievo judeo-árabe y la Europa renacentista y postrenacentista; y que ahora se debate —simplificando un poco— entre conquistar y dominar el mundo o destruirlo para siempre. En realidad, un reconocimiento pleno cabal y concertado con las Etnociencias —nuestra mayúscula es intencional— no colidiría en lo absoluto con el inmenso acervo de lo que ya se ha acumulado bajo el epígrafe de ciencia y revolución científica occidental y académica, potencialmente provista de cualquier otra adjetivación que nos plazca agregar. Si nuestro mundo no se acaba antes, esta ciencia estelar y protagónica seguirá con nosotros para siempre, mas resultaría inmensamente más beneficioso para todos que ella ocupe ese lugar tan honroso en un conjunto aún mucho mayor y por definición pancrónico-pantópico de conocimientos y saberes humanos; el cual a su vez contendría un mapa organizado y orgánico de todas las etnociencias, aunque no es ahora la denominación lo que más nos importa.

En este momento, incluso para justificar nuestro empeño en “relativizar” —en el sentido óptimo del término y con valor post-einsteiniano— nuestra ciencia occidental o más bien sus versiones neopositivistas o como quiera que se llame, recordaremos algunas cosas que no son ningunos detalles susceptibles de omisión o enmascaramiento. Nuestro “progreso” científico ha sido orientado, financiado e impulsado de tal manera —y esto no es gratuito— ya que muchos de nosotros nos sentimos hasta hartos de tanto viaje interplanetario, emisión y, sobre todo, fabricación de armas de destrucción masiva; pero tal adelanto espectacular ha sido estructural y radicalmente incapaz de superar en un ápice la hambruna universal, la pobreza, miseria y enfermedades poligenocidas en sus versiones más extremas y grotescas. Más bien ha contribuido a aumentar —ojalá no sea perpetuar— todas estas plagas que desdicen de nosotros como especie racional provista de algún tipo de ética. Para suavizar nuestro lenguaje, diremos simplemente que con nuestras flamantes ciencias hemos tratado y en gran parte logrado resolver lo superfluo y lo frívolo, haciendo muy poco en cambio por desterrar los males que nos vuelven imposible o extremadamente desagradable la vida en el planeta, a veces aun para las clases sociales más favorecidas. Lo sociopolítico es mejor no mencionarlo, ya que en este particular hemos ido de

mal en peor, y hasta podríamos añadir que este siglo XXI es involutivo respecto del siglo XX; lo cual es una afirmación brutal pero sincera. Para remate, también es necesario repetir y recalcar que la revolución científica occidental jamás hubiera sido posible sin numerosísimos aportes de todos tipos procedentes de otras partes del mundo y pésimamente retribuidos. Tan cierto es esto que ya, en nuestros debates, hemos propuesto múltiples veces ampliar y corregir el concepto de *evolución* para replantearlo como *coevolución*; es decir, a modo de un proceso multilateral, con sus numerosos actores colectivos que hacen su aparición al emerger nuestra especie humana, y desde entonces jamás ha dejado de expandirse y complejizarse a través de estos milenios interminables.

En este punto nos toca, de manera somera, lanzar otra acusación contra la opinión pública occidental en general y a quienes siguen sus pautas, por motivo de su desconocimiento y desprecio palmario de todo cuanto ya se sabe en torno a y en materia de etnociencia sociopolítica. En los medios de comunicación, por ejemplo, pero también en el amplio mundo de la cultura institucionalizada y de nuestra superestructuras educacionales, cunde todavía la noción, absolutamente errónea, de que los movimientos indígenas y de los pueblos minoritarios en general son de índole terrorista, racista, populista, teóricamente deficiente, estratégicamente elemental y tácticamente primitiva. Por todo lo anteriormente expuesto no nos toca ahora refutar sus infundíos de manera reiterada. Contrariamente a tales prejuicios, estos pueblos y comunidades luchan por alcanzar una convivencia armónica y una ubicación favorable en el concierto planetario, guiados por los valores supremos del bienestar, la felicidad, el mutuo respeto y la tolerancia recíproca, un ambientalismo que da lugar al mismo tiempo a la diversidad biológica y social, con toda la carga milenaria, cósmica y espiritual, sin la cual estos postulados serían impensables, además de carecer de fuerza y arraigo transgeneracional (Pérez, 2002). Por todas estas y otras razones, los pueblos indígenas de Venezuela y otras comunidades étnicas, como los afrodescendientes, son los primeros en insertarse de manera activa y con toda la militancia del caso en cualquier opción transformadora que les garantice al menos parcialmente estos objetivos y sus corolarios. Por eso el mundo indígena está tan agradecido con la Constitución Bolivariana de Venezuela y todo lo que se viene realizando con las nuevas políticas de Estado que se encaminan en el mismo sentido.

Lo expuesto nos obliga a poderosas reflexiones de índole ético-política. Si lo anterior es cierto, los pueblos y comunidades indígenas requieren un proce-

so urgente de transformación colectiva e integral, pero mediante los siguientes parámetros:

- ausencia del caudillismo o de cualquier otro mando vertical, restringido y personalizado;
- cumplimiento de metas tanto en el presente como en el porvenir, sin el intento de sacrificar las actuales generaciones en beneficio de las futuras;
- reforzar las culturas antes de “redimir” a las sociedades con acciones y programas improvisadamente etnocidas;
- rechazar la violencia física, mental y verbal junto a todo tipo de intolerancia o exclusión de la disidencia;
- privilegiar la diversidad, plurilingüismo e interculturalidad frente a la homogeneización tecnoburocrática;
- fomentar el desarrollo sostenible preservando la integridad y propiedad imprescindible de las tierras colectivas y comunales;
- propiciar la participación directa por encima de la indirecta y masificada;
- regirse por el pensamiento complejo y multidimensional en lugar de la simplificación conceptual y lingüística;
- privilegiar la acción directa precisa e inclusive puntual por sobre la retórica hueca y las promesas indefinidas;
- desplegar al máximo la espiritualidad y religiosidad indígenas, más allá de toda simpleza ideológica protorrevolucionaria.
-

Mientras no existan o no se cumplan estos parámetros esenciales y sustantivos, habrá siempre discrepancias entre la etnociencia social indígena y las intenciones últimas de cualquier proceso político que se quiera progresista, transformador y revolucionario, sin dejar de reconocer el carácter multívoco de este último término.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Chiappino, J. (1995). El coloso yanomani frente al “nuevo” El Dorado, representaciones del ser humano y del medio ambiente: un invite de la participación comunitaria al desarrollo regional. En Carrillo, A. y Perera, M. (edit.). 1995. *Amazonas. Modernidad en tradición. Contribuciones al desarrollo sustentable en el estado Amazonas, Venezuela*. Caracas: SADA Amazonas, ORPIA, CAIAH, GTZ, pp.175-204.
- Lizot, J. (2004). *Diccionario enciclopédico de la lengua yanomani*. Puerto Ayacucho: Vicariato Apostólico de Puerto Ayacucho.
- Mosonyi, Esteban 2004. Reflexiones en torno a la epistemología de la etnociencia. *En la ciencia*. Boletín multidisciplinario N.º 14, pp. 68-78.
- Mosonyi, Jorge. 2004. Las lenguas autóctonas y la etnociencia en el proceso del desarrollo intercultural. *En la ciencia*. Boletín multidisciplinario N.º 14, pp. 52-55.
- Negrete, P. (2005). *Cosmovisión y conocimiento en las culturas amerindias: una aproximación a los fundamentos de la Etnociencia*. Investigación libre dentro del Plan de Estudios del Doctorado en Ciencias Humanas. Maracaibo: Universidad del Zulia.
- Pérez, B. (2002). Aripao, un pueblo cimarrón en el río Caura. En *Tierra Negra*. Caracas: Exxon Mobil de Venezuela. S.A., pp. 112-114.
- Quintero, M. (2006). *Una aproximación al estudio de las relaciones seres humanos-naturaleza*. Investigación libre dentro del Plan de Estudios del Doctorado en Ciencias Humanas. Maracaibo: Universidad del Zulia.
- República Bolivariana de Venezuela (1999). *Constitución de la República Bolivariana de Venezuela*. Publicada en Gaceta Oficial Extraordinaria N.º 5.453 de la República Bolivariana de Venezuela. Caracas, viernes 24 de marzo de 2000.
- Tierney, P. (2002). *El saqueo de El Dorado. Cómo científicos y periodistas han devastado el Amazonas*. Barcelona: Grijalbo.